

Las muñecas rusas

Eran cerca de las dos de la mañana cuando Bruno, finalmente, apagó el televisor. Se había sentado frente a la caja boba después de cenar y había mirado, sin levantarse ni un segundo de su sillón, dos películas completas. Casi cuatro horas de corrido. Pero eso no era lo peor de todo: lo verdaderamente terrible era el hecho de que ni siquiera le gustaba mirar televisión, pensaba que, vacía de realidad y de sentido, era la primera causa de la frivolidad general que reinaba en muchas sociedades del mundo. Disfrutaba, en cambio, pasar su tiempo libre leyendo novelas o libros de psicoanálisis, pero eso era lo único que había hecho durante toda la tarde, y su vista se había agotado un poco con tantas letras. Por eso, luego de varios meses sin hacerlo, había prendido el televisor y había contemplado sus coloridas imágenes por varias horas, como un zombi. O como un ermitaño que, de repente, recibe en la cara la luz de un reflector y que, aunque sufre la situación, no puede cerrar los ojos.

Luego de apagar la televisión, encendió el último cigarrillo del día y, ya con un poco de sueño, se dirigió a su habitación. Cuando se acostó, escuchó un chillido del reloj pulsera: las dos de la madrugada. Miró fijo una mancha que había en el techo por unos segundos y apagó la luz del velador.

Se despertó a las diez y, como todas las mañanas, lo primero que hizo fue manotear, inmediatamente, una libreta que había sobre la mesa de luz. En ella anotaba, al despertar, todo lo que se acordaba de sus sueños nocturnos: el nombre de una persona, la descripción de un lugar, una palabra; anotaba cualquier cosa que hubiese estado presente en sus sueños. Había leído —y luego lo había comprobado— que ésta era la única forma de recordarlos ya que, si se trataba de pensar en ellos más avanzado el día los sueños recientes se mezclaban con los de días anteriores y, a

veces, hasta con vivencias reales. Por eso, al despertar esa mañana, abrió su libreta y, lapicera en mano, se dispuso a dejar constancia de su actividad onírica.

Lo único que pudo recordar con claridad fue un número: el 59. Rápidamente lo escribió en el medio de la hoja, como hacía siempre con las ideas principales, con el fin de relacionarlo con otros recuerdos. Sin embargo, pasados quince minutos —en los que buscó con insistencia en cada uno de los rincones de su memoria— no había podido escribir nada más en la hoja. No quiso desanimarse y decidió, a falta de más datos relevantes, empacar el análisis preguntándose qué significaba, para él, ese número. Recordó un viejo restaurante en la ruta 205, una línea de colectivos que pasaba por Palermo, un rubro del diario *Clarín* que había consultado muchas veces en sus días de adolescencia. Sin embargo, era muy difícil, y, después de cavilar un rato, se dijo que lo que había soñado no tenía nada que ver con ninguna de esas cosas. Recién entonces, bastante decepcionado, cerró la libreta y se levantó.

Ese sábado hacía calor en la calle. Bruno se vistió y, luego de tomar un café, decidió ir a la plaza a leer un rato. Hacía dos semanas que lo habían echado de su trabajo y, desde ese día, casi no había hecho otra cosa que sentarse en la plaza a leer. Se estaba vengando de los siete años que había pasado encerrado en la oficina. Trabajaba en Gas del Estado, en la sección administrativa, pero, hacía algunos meses, había empezado a cometer errores, y



habían tenido que llamarle la atención. Sin embargo, había vuelto a fallar y, sin otra alternativa, lo habían echado del trabajo. Ahora era un desocupado, pero no le importaba: como la indemnización había sido bastante buena, se había propuesto vivir seis meses sin trabajar. Ese era un sueño que había tenido siempre, y, ahora que se le presentaba la posibilidad, estaba tratando de hacerlo realidad.

Esa mañana, camino a la plaza, Bruno se detuvo en un semáforo, justo frente a una casa de quiniela. En cuanto vio la fachada del negocio, su mente se puso en funcionamiento, y no pudo no pensar en el sueño que había tenido la noche anterior. El 59 estaba aún encerrado en su cabeza, y supo que seguiría ahí por mucho tiempo si no lograba liberarlo de alguna manera. Se quedó quieto durante algunos segundos, dubitativo; pero, de repente, como si todas las dudas se hubieran aclarado al mismo tiempo, empezó a caminar en dirección a su casa. Había tomado una decisión.

Entró en su departamento y, cerrando la puerta tras de sí, se dirigió al ropero donde tenía escondida su caja fuerte. Unos días antes había decidido, como premisa para su plan, que la abriría sólo cuando algún gasto fuese fundamental, o cuando alguna compra fuese inevitable para su vida, pero ahora, como si algo lo obligara a obrar despreocupadamente, rompiendo su propia regla, la abrió y sacó un fajo de billetes. Miró el dinero detenidamente y luego, metiéndolo en uno de sus bolsillos, salió otra vez a la calle. Anduvo con paso decidido las cinco cuadras que separaban su casa de la esquina donde, minutos antes, había estado parado sin saber qué hacer. Ahora, en cambio, sí lo sabía. Los sueños eran muy importantes para él, y este enigmático número, que había irrumpido en uno de ellos, convirtiéndose en su protagonista, debía tener, sin duda, algún significado.

Entró en la casa de quiniela y vio, en un reloj que había en la pared, que faltaban diez minutos para el mediodía.

—Buenos días —saludó el dueño del local. Era un viejo flaco y canoso, y Bruno se dijo que era muy parecido a los que podían encontrarse en los colectivos que vuelven del hipódromo todos los domingos.

—Buenos días —dijo Bruno—, quería



apostar en la quiniela.

El viejo se dio vuelta y miró el reloj.

—Llega justo para el sorteo de la mañana; las apuestas cierran en diez minutos.

—Perfecto, voy a apostar ahora.

El viejo se puso un par de anteojos, sacó un talonario de un cajón, y se acomodó frente a una computadora

—¿A qué número quiere apostar?

—Al 59.

—Muy bien. ¿Cuánto quiere jugarle?

Bruno sacó de su bolsillo el fajo de billetes y se los extendió al viejo.

—Todo lo que hay acá.

El viejo lo miró con una expresión de sorpresa en su rostro arrugado, pero, sin perder tiempo, empezó a contar el dinero. Se chupaba, de vez en cuando, el dedo gordo de la mano derecha para evitar que los billetes quedaran pegados entre sí. Cuando terminó, informó que había tres mil seiscientos pesos.

—Está bien —dijo Bruno, sin titubear. Al recibir la autorización, el quinielero pasó los datos a la computadora y, luego de preparar el comprobante de la apuesta, se lo entregó a su cliente. Mientras lo guardaba en el bolsillo, Bruno tuvo conciencia de lo que acababa de hacer: había apostado, a un solo número, todo lo que tenía en el mundo, y su sueño de vivir varios meses sin trabajar podía irse por la borda.

Almorzó en un bar de la calle Lafinur y volvió a su casa cerca de las dos. El resto de la tarde la pasó en su habitación, fumando un cigarrillo tras otro, sin saber bien qué hacer. Trató de retomar una novela que había abandonado hacía unos días, y hasta intentó ordenar unos papeles que conservaba de la oficina, con el fin de deshacerse de todo lo que fuera inútil, pero ninguno de los dos planes de evasión funcionó: su cabeza era un torbellino y no podía concentrarse en absoluto. Aunque



trataba de no pensar en lo que había hecho, le era imposible evitar ver la cara de sorpresa del viejo quinielero cuando había recibido la plata y mientras anotaba todo en la computadora. Aunque Bruno estaba convencido de que el número debía tener un significado, con el correr de las horas llegó a preguntarse si apostar tanto dinero no habría sido una locura. Finalmente, terminó arrepintiéndose de su arrebatado instintivo, pero supo que, a esa altura, ya no se podía hacer otra cosa que esperar.

Recién a las siete de la tarde decidió salir a la calle. Estaba confundido: una parte de él le exigía que corriese hacia la casa de quiniela en busca del resultado del sorteo, mientras que otra parte le obligaba a hacer todo tranquilamente, como si no tuviese las terribles dudas que realmente tenía, como si no existiese la posibilidad de que las cosas hubiesen salido mal. Sabía que ambas fuerzas eran extremas y, sólo haciendo un gran esfuerzo, logró controlarse. Caminó por la avenida Las Heras y se detuvo en la esquina de Malabia, junto a un quiosco de revistas. El vendedor estaba escuchando un partido de fútbol y Bruno tuvo que decirle dos veces que estaba buscando la sexta edición de *La Razón*.

—Todavía no llegó —respondió el tipo, bajando el volumen de la radio—. Me la traen a eso de las ocho, ocho y cuarto.

Bruno calculó que faltaba casi una hora para las ocho.

—Entonces paso más tarde —dijo—. Quería saber qué salió en la quiniela nacional.

—¿Qué sorteo?

—El de la mañana

—Hubiera empezado por ahí, hombre. Todo eso sale antes.

El vendedor salió de atrás del mostrador y, con un cigarrillo colgándole de la boca, se puso a revisar varias pilas de revistas hasta que dio con la quinta edición de *La Razón*.

Bruno pagó y, metiéndose el diario abajo del brazo, empezó a volver para su casa. Recién cuando estuvo sentado en su escritorio, abrió el periódico; en el estado en que estaba, no se le ocurrió consultar el índice, y tuvo que revisar casi todas las páginas hasta encontrar la sección que buscaba. Pero ahí estaba: a la cabeza del sorteo de la mañana había salido el 59. Bruno sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo cuando lo vio, pero no terminó de creer lo que pasaba hasta que hubo revisado varias veces la información. No había dudas: era la quiniela nacional, era el diario del día, era el sorteo de la mañana. Dejó caer varias lágrimas cuando se dio cuenta de que había ganado una fortuna.

Una hora más tarde —luego de haber hecho varios llamados telefónicos y de haberse enterado de que podía ir a buscar su dinero al día siguiente—, Bruno se encontraba mirando a través de la ventana, pensando en todos los años que viviría sin trabajar y en la infinidad de cosas que iba a poder hacer con el dinero, cuando, de repente, sintió que todo lo que lo rodeaba empezaba a desvanecerse; en un segundo, un grupo de autos que estaba estacionado en la calle —y también la calle— perdió su consistencia y desapareció. Cuando se dio vuelta, vio que dentro de la casa pasaba lo mismo: las sillas, la mesa, las cuatro paredes que lo rodeaban, todas las cosas empezaron a desintegrarse y pronto desaparecieron, como si una catarata las arrastrara a las profundidades. En ese momento, Bruno comprendió lo que estaba pasando.

Tenía tanta bronca que no quiso abrir los ojos, como negando lo que era inevitable. Porque, de repente, supo que no se había movido de su cama desde la noche anterior, cuando, luego de mirar dos películas en la televisión, se había acostado. Comprendió que ahora volvía a la realidad, después del sueño mayor en el que había soñado despertar recordando un número, en el que había soñado salir a la calle a jugarle toda la plata a ese número, en el que había soñado ganar una fortuna. Finalmente supo que estaba despertando del sueño mayor en el que había soñado soñar, y, sin poder evitarlo, mientras abría los ojos, pensó en las muñecas rusas.